



Honores para un catedrático de la botica

Alfonso Domínguez-Gil, referente nacional en Farmacia, es exponente de una familia con cuatro generaciones volcadas en la salud de la población

A. RUBIERA

La Facultad de Farmacia de la Universidad de Salamanca rindió honores hace sólo unos días al recién nombrado catedrático emérito-honorífico Alfonso Domínguez-Gil Hurlé (Gijón, 1942). Un homenaje en justa correspondencia a la dedicación que durante 41 años ha demostrado un profesor nacido en el martillo de Capua, frente por frente a la playa de San Lorenzo, cuya vida profesional va casi ligada al nacimiento, desarrollo y proyección de dicha Facultad—fue su decano entre 1975 y 1980—y que ha dado páginas de gloria a la farmacia española.

Porque además de ocuparse de la transmisión de conocimientos, Domínguez-Gil Hurlé supo ligar a su Facultad a las líneas de investigación punteras—es referente nacional en los campos de la Biofarmacia y Farmacocinética—; facilitó el prestigio y la proyección de la institución vinculándola al Hospital Universitario de Salamanca—de hecho, él mismo fue jefe de Farmacia del hospital entre 1974 y 2012—; y se convirtió en ejemplo y estímulo permanente para muchos en la Universidad de Salamanca.

En su brillante currículum hay pocos espacios en blanco. Con su saber contó, por ejemplo, el Gobierno de España para que fuera representante del país en la Comisión de Farmacopea Europea en Estrasburgo, y también ante la OMS (Organización Mundial de la Salud); el gijonés ha presidido el Instituto para el Uso Seguro de los Medicamentos y fue miembro del Comité Asesor de la Agencia Española del Medicamento. Por todo ello es lógico que las sociedades científicas no hayan dejado de cortejarlo. De ahí su presencia en la Real Academia Nacional de Farmacia, la Real Academia de Doctores del Instituto de España, la Real Academia de Medicina de

Salamanca y las Reales Academias de Farmacia de Cataluña, Galicia y Valladolid, además de, por supuesto, la de Castilla y León, de la que es vicepresidente y académico fundador.

Tampoco los premios le han sido esquivos; así, en 1978 lograba el nacional de Investigación “Laudé”, y cuando las labores de gestión dejaron de abrumarle llegaron otros concedidos por instancias internacionales, como la American Society of Health-System Pharmacy and Education Foundation de EE. UU., o el Premio Nacional de Investigación Farmacéutica de la Federación Internacional Farmacéutica.

“La Universidad de Salamanca debe estar orgullosa de que un asturiano como Alfonso Domínguez-Gil eligiera esta institución para ejercer su modo de vivir, que ha sido un ejemplo. Esta facultad de Farmacia no se puede concebir sin su figura; además, ha sido un defensor ardiente de cómo se debía potenciar la profesión farmacéutica y todos le debemos mucho por su implicación como profesor, gestor o investigador”, afirmaba un alto cargo de la Universidad en el homenaje de la pasada semana, resumiéndolo todo.

Ahora quienes le conocen saben que detrás de los honores no hay, ni mucho menos, una entrega simbólica del testigo. Aún queda mucha tarea, como siempre apunta este gran comunicador, sobre todo desde un ámbito que le tiene atrapado en los últimos tiempos

como el la formación de los pacientes para contribuir a la mejora de la salud general desde el autocuidado, la corresponsabilidad en los tratamientos, la mejora de los hábitos de vida o el mejor uso

clínico de los fármacos. Y si le preguntan dice, además, que a la farmacia española le quedan muchos desafíos, como la compra de medicamentos por internet, los medicamentos falsificados...



Esas últimas inquietudes sueñan conocidas en Gijón y en Asturias. Y no porque el problema sea mayor que en otras regiones, sino porque desde hace años otro miembro de la familia, Álvaro Domínguez-Gil Hurlé, su hermano pequeño, también doctor en Farmacia, se ha ocupado de que estos problemas tuvieran eco.

De hecho es posible que, sin saberlo, la pasada semana en Salamanca se estuviera ofreciendo el mejor tributo a una familia entera de profesionales gijoneses vinculados a los ámbitos sanitarios y a la mejora de la salud de la población. Una vocación que partiendo del abuelo Aquilino Hurlé, insigne pediatra de recuerdo casi inmortal en la ciudad, han seguido en dedicación farmacéutica su hijos, sus nietos—Alfonso y su hermano Álvaro Domínguez-Gil Hurlé—, las esposas de ambos, y ahora también los bisnietos, que se reparten entre las vocaciones médicas, las farmacéuticas y las de la abogacía ligada a las patentes de la industria farmacéutica.

Casado con María del Carmen González, una zamorana a la que el propio Alfonso Domínguez-Gil dedicó buena parte de su propio homenaje, es padre de cuatro hijos: Laura—fallecida de una enfermedad congénita—, Alfonso—abogado—, Beatriz—directora de la Oficina Nacional de Trasplantes y coordinadora Europea de Trasplantes— y Marta—farmacéutica—. El gijonés, dotado de una gran capacidad de trabajo, mucha personalidad y visión de futuro para los retos sanitarios, es un gran aficionado a los viajes, a la música y al vino, pasión y saberes vinícolas que también transmitió a sus hijos a base, incluso, de ponerles exámenes de catas ciegas.

En Gijón están sus raíces, su familia y sus rincones más especiales. No pierde cita con sus compañeros del Codema y no hay día en verano que pierda un baño en la playa. Quizá ahí esté su mejor receta de vida.